

Vías Inéditas para la Educación de los Indígenas en el Guanajuato del Siglo XVI. Una Historia Alternativa

Cirila Cervera Delgado*

En este artículo se reporta la investigación realizada acerca de la educación de indígenas en el Guanajuato del siglo XVI, tanto lo que corresponde a la época antigua como a la virreinal. En la primera etapa resulta polémico hablar de educación para los pueblos considerados "sin cultura", pero además, aquí no se habla de educación como sinónimo de escolarización, sino como un proceso intencional aunque no institucionalizado. El siglo XVI cierra apenas con la llegada y las incipientes obras evangelizadoras en la Gran Chichimeca, siendo las primeras décadas del XVII cuando la tarea evangelizadora-educadora empieza a dejar huellas para empezar a reconstruir la historia de la educación en esta época. Por el propio carácter de la investigación, se recurre a fuentes alternativas a las escritas, tales como la tradición oral y las fuentes cerámicas, dentro del enfoque de la historiografía social. Se concluye en la necesidad de realizar investigaciones más particularizadas, que vendrían a contribuir al análisis de las raíces de la educación formal en el estado.

9

Educación de indígenas • Educación formal • Educación no formal

In this article is presented a research carried out on the indigenous education in the state of Guanajuato during the XVI century, corresponding to the ancient and viceroyalty epoches. For the ancient epoch, it is controversial to discuss about education of the peoples considered as "uneducated"; nevertheless this paper does not refers to education as a synonym of schooling, it does as a non institutionalized intentional process. The late XVI century ends with the coming and the incipient actions of

* Doctora en Historia por la Universidad Autónoma de Zacatecas. Profesora de Tiempo Completo Titular "A" del Instituto de Investigaciones en Educación de la Universidad de Guanajuato. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Cultiva las líneas de investigación Educación de Indígenas y Educación de Mujeres. Este artículo es resultado de la investigación realizada con el apoyo del Conacyt, según registro 144586.

evangelization in the Great Chichimeca. On the contrary, it is until the first decades of the XVII century when the evangelization and educational work started to leave tracks in order to allow the reconstruction of history of education related to that period. Due to the character of this research, instead of taking into consideration written sources, alternative sources have been taken, such as the oral tradition and the ceramic source, inside the social historiography approach. Finally, it is concluded that further specific research reports are needed, which would contribute to the analysis of formal education roots in the state.

Indigenous education • Oficial education • No oficial education

* * *

10 La investigación en el área de la historia de la educación en México paulatinamente se ha venido consolidando como un campo cada vez más estudiado, con los contrastes que no son ajenos al resto de las áreas de la investigación educativa; es decir, existe una amplia dedicación y producción en distintos sectores geográficos del país y un casi olvido en otras regiones.

Para el caso específico del estado de Guanajuato, no se puede decir que el campo de la investigación en esta temática esté completamente desierto. Sin embargo, como también sucede a nivel nacional, hay ciertas épocas históricas que son mayormente abordadas por los investigadores. Entre todas, la menos trabajada es el periodo antiguo¹ y la parte virreinal del siglo XVI. La investigación que ahora se reporta abarcó esa época, marcada no solamente por un tiempo lineal, sino por la coyuntura que significó el encuentro (o choque) entre la cultura autóctona y la europea.

Respecto a los temas estudiados, también destacan unos sobre otros; no son muchos los trabajos que se avocan a la educación de indígenas, menos aún a los casos específicos de los pueblos de la Gran Chichimeca. Otra de las razones para incursionar en esta área de la historia de la educación, es la necesidad de comprender el pasado remoto de lo que hoy se conoce como educación en el estado de Guanajuato, recuperando elemen-

¹ Se prefiere esta denominación, en lugar de la tan conocida "época prehispánica", con el interés de revalorar el sentido de la cultura —y la presencia toda— aborigen, sin precisar del referente de "hispanidad", que se ha tomado como el único válido para hablar de los diferentes periodos en la historia de México

tos culturales de la época antigua y de los principios del virreinato, que, desde esta perspectiva, sentó las raíces de la educación institucional-formal, sólo después de un largo proceso de transmisión generacional del conjunto de conocimientos que conforman el bagaje cultural de los pueblos.

El conocimiento (capital cultural: prácticas religiosas, sociales, económicas, políticas) ha constituido siempre uno de los pilares de las sociedades en las cuales se desarrolla. Interpretadas a veces como causa y otras como efecto de desarrollo cultural y económico, las formas de transmisión de los conocimientos han ocupado numerosas páginas con reflexiones en torno a ellas; y una vez que las estrategias de enseñar y de aprender se institucionalizaron, el énfasis de los estudios sobre el particular ha sido puesto en sus actores fundamentales: el transmisor y el receptor de ese conocimiento en relación con el contexto situacional. Para que este hecho llegara a ser reconocido como *educación* se tuvo que pasar forzosamente por una evolución lenta y larga de las sociedades: desde el hecho de “tener” que enseñar y aprender por cuestiones de supervivencia biológica y cultural, hasta el análisis de la trascendencia que implica esta actividad; en dicha vertiente es donde se introduce la investigación reportada.

La mayoría de las obras de historia de la educación se olvidan de lo anterior. Los autores aceptan implícitamente los procesos anteriores a la “escuela”; los “contenidos oficiales de la enseñanza” son confundidos con los contenidos naturalmente culturales, –por excelencia, útiles– y que deben ser inmanentes a toda sociedad civilizada. No obstante, esta forma de educación, como proceso formal, no debería verse como una obligatoriedad, sino como una necesidad que tuvo sus orígenes en tiempos remotos y que garantizaban, como ya se mencionó arriba, la supervivencia de la vida e incluso de las formas mismas de la vida, es decir, de la cultura.

Parece obvio que la transmisión de conocimientos, su acumulación y comprensible evolución, conformen hoy día el bagaje cultural de todas las sociedades; lo que no parece lógico es que se haya dejado de lado el estudio sistemático de estos conocimientos, sobre todo, analizados de manera integral en el seno mismo de esas sociedades, que era donde se producían, se transmitían y se reproducían, a la vez que se recreaban.

Por lo anteriormente expuesto, vida cotidiana y conocimiento (educación informal, no formal y formal) en el siglo XVI fue la relación que esta investigación quiso llegar a establecer, con la pretensión de aportar a lo ya existente en la historia de Guanajuato.

Otro motivo para emprender esta investigación es la escasez de fuentes escritas para el estudio de la historia de la educación en los tiempos

antiguos, sobre todo la de los pueblos llamados “chichimecas”² (ocupantes de gran parte del territorio de Guanajuato Antiguo), quienes –en el mejor de los casos– son ignorados, pues cuando aparecen en los tratados de historia ocupan un lugar secundario, no únicamente por el número de páginas que se dedican a ellos, sino, sobre todo, por ser señalados como “bárbaros”, “salvajes”, “chupadores de sangre”, los de “linaje de perros.” Ignorados y poco reconocidos por los españoles, los habitantes de la Gran Chichimeca, han jugado hasta ahora el papel de los “sin cultura” en la historia antigua de México.

El estado del conocimiento sobre el tema permitió comprobar la concentración de investigaciones realizadas sobre las culturas antiguas del Valle de México y, en contraparte, el bajo número de estudios referentes al resto del territorio, tal y como estaba conformado antes del arribo de los europeos.

No hay ninguna obra escrita que dé cuenta de la historia general de la educación en Guanajuato; mucho menos para la época antigua. Sin embargo, destacan algunas aportaciones que resultaron ampliamente significativas para esta investigación, como las que se describen enseguida.

12 En 1974 se publicó *La educación como conquista; empresa franciscana en México*,³ de José María Kobayashi. El autor analiza la historia de la educación en el siglo xvi, retomando, para la educación de indígenas durante la época colonial, las raíces culturales indígenas. Por este hecho se le puede considerar un antecedente para esta investigación, aunque los límites territoriales lo dejen fuera directamente, ya que Kobayashi se circunscribe a la zona de la otrora influencia nahua. Puesto que recupera la cultura mexicana, llega a concluir que ésta fue la base de la educación formal (ya en la época de la Colonia) iniciada por los franciscanos –orden religiosa que él analiza en esta obra–, práctica invariablemente unida a la evangelización. A pesar de que el auge franciscano llegó en el mismo siglo xvi a su fin –Kobayashi lo atribuye a la tarea emprendida por los jesuitas– fueron los hijos de Asís quienes asentaron la tradición educativa abierta a los indígenas, tal como sucedió con el caso guanajuatense.

² *Chichimeca* es un término genérico, nunca aplicado a algún pueblo antiguo en específico, sino a todos los pobladores de la Gran Chichimecatlapan. Su singular es *chichimecatl* y su plural *chichimeca*, no *chichimecas*, deformado por una corrupción del lenguaje. Por tanto, es totalmente impreciso hablar de *chichimecas*, en virtud de la gran diversidad de pueblos habitantes del mencionado territorio y de sus distintas manifestaciones culturales.

³ José María F. KAZUHIRO KOBAYASHI H., *La educación como conquista; empresa franciscana en México*.

En una afortunada recuperación de documentos sahuaguntinos, Alfredo López Austin publicó en 1985 *Educación mexicana*.⁴ A diferencia de *Huehuetlahtolli*, que se ocupa mayormente de la educación informal, la obra de López Austin se centra en la educación formal, principalmente la que se ofrecía en el *Calmecac* y en el *Telpochcalli*, pero también en el *Cuicacalco* o *Cuicacalli*. López Austin recrea las características de cada uno de estos establecimientos educativos, resaltando el tipo de formación que se brindaba de manera diferenciada: tanto para la dedicación sacerdotal como para la guerrera. En ellas se da como elemento común la férrea disciplina para atemperar el carácter de los jóvenes.

Estas instituciones fueron privativas de la cultura nahua, no obstante, probablemente algún día animen a recuperar de la historia oral la existencia de la *Guatapera*, que, según la tradición, se desarrolló en territorio purépecha, y de la cual todavía subsisten sus elementos básicos; lo que vendría a ser una gran aportación para el campo de la historia de la educación en Guanajuato, que carece de todo estudio en este campo para la época antigua.

Dentro de las obras generales sobre educación de indígenas, sobresale la de Pilar Gonzalbo Aizpuru, titulada *Historia de la educación en la época colonial: el mundo indígena*,⁵ que se publicó en 1990. Gonzalbo Aizpuru dedica dos capítulos que resultan básicos en esta investigación. El primero trata de la educación fuera de las grandes metrópolis, explica como forma elemental de castellanización-educación el establecimiento de misiones. En este capítulo la investigadora toca el tema de los *chichimeca*, las políticas y las estrategias empleadas para reducirlos a la buena policía. En otro capítulo, la autora reflexiona acerca de la educación sin escuelas, aludiendo a la educación informal, que fue la base y punto de partida de esta investigación, por estar hablando de un capital cultural no expresado en programas formales, pero que son sustento de la educación de los pueblos.

En síntesis, aunque general, la obra de Pilar Gonzalbo, además de los capítulos señalados, sienta un precedente sólido para las premisas de la investigación acerca de la forma en que las generaciones adultas transmiten los conocimientos a las generaciones jóvenes.

⁴ Alfredo LÓPEZ AUSTIN, *Educación mexicana. Antología de documentos sahuaguntinos*. Selección, paleografía, traducción, introducción, notas y glosario de Alfredo López Austin. México, 1ª reimpresión de la 1ª ed. UNAM, IIA, 1994, 273 p.

⁵ Pilar GONZALBO AIZPURU. *Historia de la educación en la época colonial: el mundo indígena*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 2000, 274 p.

La historia de la educación en el México Antiguo, marcó uno de sus hitos más sobresalientes cuando se publicó *Huehuetlahtolli, testimonios de la antigua palabra*,⁶ con el estudio introductorio de Miguel León-Portilla y la transcripción del texto náhuatl y la traducción al castellano de Librado Silva Galeana. *Huehuetlahtolli* es un conjunto de discursos y enseñanzas legado de la propia cultura indígena; se refiere entonces, al campo de la educación informal en un primer término, aunque también se incluyen los discursos que los maestros transmitían a sus estudiantes en las instituciones educativas.

Fray Andrés de Olmos, y posteriormente Fray Bernardino de Sahagún, habían obtenido cuarenta y nueve de estos discursos; mas su obra, siendo tan general y descriptiva, no tuvo el propósito único de discernir acerca del sistema de educación indígena, como sí lo hace León-Portilla. No se ignora, entonces, el trabajo de los frailes mencionados, sólo que jamás consideraron la posibilidad de hacer un análisis bajo la perspectiva de la historia de la educación; sólo León-Portilla logró hacerlo en ese momento, después de haber reivindicado el pensamiento nahua, al afirmar en su tesis, que aquél representaba ni más ni menos que un sistema filosófico. *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*,⁷ publicación que data de 1956 (traducida al ruso, al alemán, al inglés y al francés) debe, en síntesis, ser considerada la obra pionera que coloca la vida indígena como productora de cultura intelectual, además de la ya reconocida cultura material.

14

Aunque esta obra y la de López Austin escapan a la territorialidad a la que se circunscribió el estudio, se presentan por considerarse como las que marcaron la pauta para recuperar de las historias generales el énfasis en los sistemas educativos antiguos.

Sin duda alguna, Dorothy Tanck de Estrada es de las más insignes investigadoras en cuanto a educación de indígenas se refiere. En 1999 se presentó su obra *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*.⁸ Como se indica en el título, el periodo que abarca Tanck de Estrada deja fuera el siglo xvi. No obstante, en el capítulo iv "Los gastos autorizados", presenta un análisis en cifras de la situación educativa de Guanajuato en ese momento. Para esa época, se puede pensar en un sistema educativo consolidado, mejor entendido si se retoma desde la primera

⁶ Miguel LEÓN-PORTILLA. *Huehuetlahtolli, testimonios de la antigua palabra*.

⁷ Miguel LEÓN-PORTILLA. *La Filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*.

⁸ Dorothy TANCK DE ESTRADA. *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*.

incursión de franciscanos, agustinos y jesuitas en el primer siglo del virreinato. La obra de Tanck de Estrada sugiere, entonces, una perspectiva de la investigación aquí presentada.

Se editó en el año 2002 el *Diccionario de historia de la educación en México*, obra coordinada por Luz Elena Galván Lafarga, investigadora reconocida por la gran labor que ha desplegado en torno a la temática de la historia de la educación.⁹ La base del *Diccionario* son los artículos publicados en el mismo. La temática se organiza en acuerdo con las épocas: Colonial, Umbral del siglo XIX; siglo XIX; siglos XIX y XX; y siglo XX. De sus 32 artículos, tres tienen relación con el tema de esta investigación. Se trata, para la Época Colonial, de las aportaciones de Dorothy Tanck de Estrada, quien dedica su trabajo a la educación de indígenas en el siglo XVIII; y de María Teresa Jarquín, quien muestra la reseña de lo hecho por la orden franciscana sobre todo en los dos primeros siglos del virreinato en materia de educación. Mientras que María Bertely ofrece un panorama histórico de la educación para los indígenas en México —que va desde el siglo XVI hasta el XX—, con un enfoque político y sociológico.

Entre las obras dedicadas a la historia de la educación exclusivamente para el estado de Guanajuato, sobresale la de Isauro Rionda Arreguín, que lleva por título *La Compañía de Jesús en la provincia guanajuatense 1590-1767*.¹⁰ En su libro, publicado en 1996, Rionda Arreguín centra su estudio en la labor educativa desplegada por los jesuitas en los colegios que fundaron en San Luis de la Paz, Celaya, León y Guanajuato, aunque sólo el primero de ellos cae en el periodo del que se ocupa esta investigación, pero brindando la posibilidad de contemplar la perspectiva de la educación de indígenas en Guanajuato. En esta obra destaca la labor jesuítica que permanece en el ámbito de la educación —no únicamente privada— en la entidad, sino fincando aun el antecedente de la actual Universidad de Guanajuato.

Como se puede observar, fueron pocos los antecedentes directos de esta investigación; pero tampoco es una pretensión decir que lo que aquí se pone a consideración representa un campo virgen. Se trata, en todo caso de una re-lectura de las fuentes: muchas de las cuales no han sido sometidas a una lectura posterior a la época en la que se escribieron y

⁹ La Dra. Galván es, además, la presidenta fundadora de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación (Somehide). Esta sociedad reúne a todos los investigadores nacionales que se abocan a la investigación del ámbito en cuestión.

¹⁰ ISAURO RIONDA ARREGUÍN. *La Compañía de Jesús en la provincia guanajuatense 1590-1767*.

jamás se ha cuestionado siquiera el ámbito sociológico e ideológico en donde se gestaron. Esta es, quizá, la aportación más significativa que figura entre las metas de este trabajo.

Lo mencionado anteriormente, llevó al planteamiento de varias interrogantes en torno a cómo se dio la generación, transmisión y recreación del conocimiento entre los pueblos indígenas de Guanajuato en el siglo xvi; qué semejanzas y qué diferencias caracterizaron a esos pueblos; cómo puede describirse su vida cotidiana siendo Guanajuato Antiguo un territorio multicultural; cuáles eran los “contenidos culturales” predominantemente transmitidos entre esos pueblos, entre otras inquietudes. Estas preguntas de investigación fueron la brújula del trabajo, marcando una diferenciación entre un antes y un después a la incursión de los europeos en el siglo xvi, hecho que se considera como un parteaguas en la historia.

16

Metodológicamente, se aplicaron herramientas de la historia llamada “tradicional”, pero sobre todo de la social. Desde el punto de vista de la primera, los historiadores enfocan su estudio en cinco categorías de análisis: la forma de gobierno, las actividades económicas, la estructura social, las instituciones, las creencias religiosas y las representaciones culturales. Estas categorías se corresponden con los aspectos político, económico, social, religioso y cultural¹¹ en la que, por cuestiones analíticas, se divide a la sociedad que se estudia.

Ese enfoque clásico o tradicional de hacer la historia, deja fuera a los actores y actividades comunes y corrientes; los grupos locales y/o minoritarios, los sin voz oficial, pero que conforman la mayoría de la población y son, tal vez, los más influyentes en la dirección del curso histórico a largo plazo. Esto que la historia tradicional omite, lo toma la historia social, avocándose al estudio cotidiano de la sociedad: de los obreros, los campesinos, las familias, los disidentes. Este enfoque trata, en última instancia, de presentar una historia más “humana”.¹²

Bajo el enfoque clásico, la educación difícilmente es concebida como diferente a la escolarización. La historia social, por su parte, amplía este concepto, abriendo el espacio a los participantes en el hecho educativo: las familias, las comunidades diversas, las instituciones. De esta manera, se concibe a la educación como “el esfuerzo sistemático, pensado y sostenido”.

¹¹ Cfr. Luis GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ. *El oficio de historiar*, p 273.

¹² Cfr. Dorothy TANCK DE ESTRADA. “La educación básica en el Guanajuato Colonial y el primer libro recreativo para niños en México”. Conferencia dictada en el marco del V Encuentro de Investigación Educativa en la Línea de Historia de la Educación. Universidad de Guanajuato. Guanajuato, mayo 28 de 2004, pp. 1 y 2.

nido para desarrollar conocimientos, habilidades, actitudes, valores y costumbres y transmitirlos de una generación a otra".¹³ Este concepto de educación, que incluye la informal, permite percibir el desarrollo educativo no de manera lineal, sino que ayuda a comprender que sufre estancamientos, saltos, discontinuidades, sustituciones y formas alternas;¹⁴ es decir, que se cuestiona las nociones de "progreso" logrado a través de la educación.

La historia de la educación bien puede echar mano de ambos enfoques historiográficos, pues, como afirma Dorothy Tanck:

Me atrevo a sugerir que el campo específico de la "historia de la educación", es especialmente propicio para abarcar los dos tipos de historia, porque por su misma naturaleza, la educación está íntimamente ligada a las estructuras de poder en una sociedad y al mismo tiempo estrechamente vinculada con los municipios, las familias, las costumbres, las prácticas sociales, los valores y las creencias de varios grupos no oficiales. La educación es de interés para el gobierno y las familias, y ambos sostienen ideas y objetivos sobre cómo llevarla a cabo.¹⁵

La metodología seguida se ajustó también en razón de las fuentes para estudiar la historia de Guanajuato en ese periodo. Fue preciso recurrir a los documentos arqueológicos y no únicamente escritos —lo que implicó un trabajo *in situ* en diversos lugares del estado y, principalmente en museos—, así como a la historia oral, a través de personajes claves en la reconstrucción de la historia de la cultura de los pueblos.

Las fuentes escritas se agruparon en dos categorías: las primarias y las secundarias. Entre las primeras se consultaron los repositorios del Archivo General de la Nación, de la Casa de Morelos y del Archivo General de Indias. A estas fuentes se agregaron tres obras fundamentales para el estudio del Guanajuato Antiguo: *Guerra de los chichimecas (México 1575-Zirosto 1580)*, atribuido a Fray Guillermo de Santa María; el *Códice de Huichapan*, con paleografía y traducción de Lawrence Ecker y la *Relación de Michoacán*, de Fray Jerónimo de Alcalá.

Las fuentes secundarias se clasificaron en obras de carácter general (aquellas que hablan de la historia nacional) y de carácter local (las que se

¹³ Lawrence CREMIN. *American Education: the colonial experience, 1607-1783*. Nueva York. Harper and Row, 1970, p. III, citado en: Dorothy TANCK DE ESTRADA, *op. cit.*, pp. 4 y 5.

¹⁴ *Cfr.* Dorothy TANCK DE ESTRADA, *op. cit.*, pp. 4 y 5.

¹⁵ Dorothy TANCK DE ESTRADA, *op. cit.* p. 5.

refieren a Guanajuato). Una depuración de éstas, llevó a considerarlas según los autores: cronistas o autores modernos o contemporáneos.

Los resultados

De acuerdo con los marcos referenciales presentados, fue como se construyó la investigación, obteniendo los resultados que se ofrecen enseguida a la discusión.

Partiendo del concepto de territorio cultural y no geográfico, Guanajuato Antiguo estuvo habitado, o era transitado, principalmente por cinco pueblos: guamares, guachichiles, pames, otomíes y purépecha. Tales pueblos marcaron el territorio con manifestaciones culturales diversas, puesto que cada uno de ellos tenía sistemas de vida cotidiana muy diferentes entre sí. El hecho de reconocer estas diferencias, sin embargo, no implica necesariamente que se niegue el desarrollo cultural de estos pueblos, cada uno de ellos da muestra de su cultura, aunque escape a los parámetros de medición convencionales.

18 El conocimiento que ha llegado de esos pueblos mucho tiene que ver con la cantidad de documentos para su estudio, y entre éstos y su grado de sedentarismo existe una relación casi directamente proporcional; no obstante, el hecho de que no se encuentren las fuentes suficientes para hablar de su cultura, no quiere decir que no hayan tenido cultura. Además, es necesario recalcar que la historia de la parte del siglo xvi antes del virreinato, tiene que recurrir al auxilio de documentos no escritos y reconocer la introducción de la escritura como el primero de los cambios para conservar la historia que se dio en esta etapa. La tradición oral dio paso a la historia escrita, pero para ese periodo, las fuentes escritas son por demás escasas, teniendo que acudir a las crónicas, hechas bajo la óptica muy particular del extranjero, ajeno a la cultura de los naturales y, por tanto, interpretada bajo cánones distintos.

De esta manera, derivadas de las crónicas de los primeros siglos del virreinato, muchas obras históricas recientes siguen hablando de los "chichimecas" como un pueblo "bárbaro", "salvaje", "tribal", "incivilizado", "inculto", "chupadores de sangre", de "linaje de perros", y más; todos llenos de un matiz despectivo. Sin embargo, se puede afirmar que estos *chichimeca* son más producto de una creación, un invento, de las culturas nahuas, y sobre todo de los primeros cronistas, tanto religiosos como militares; puesto que no existieron jamás los "chichimecas" o

“chichimecos”, en sentido estricto. Lo que existe es una gran porción de territorio ubicado al norte de la línea divisoria trazada por Paul Kirchhof y Wigberto Jiménez Moreno para identificar Mesoamérica y Aridoamérica o Aridamérica,¹⁶ y dicha frontera del siglo xvi fue dibujada hace unas cuantas décadas. Los mal llamados “chichimecas” eran diversos pueblos habitantes de la región aridoamericana, donde escasea el agua y abunda el desierto, y donde, a pesar de las condiciones ambientales tan adversas, esos pueblos lograron su propio desarrollo cultural. Entonces, nunca jamás ha existido un pueblo llamado “chichimeca”, sino varios pueblos habitantes de esa región llamada *chichimecatlalpan*.

La vida cotidiana de los pueblos de Guanajuato Antiguo, no obstante, no puede describirse sin atender a su grado de sedentarismo, y no es que esta condición determine la cultura, pero sí se deriva de éste la práctica o no de la agricultura. Siguiendo este razonamiento, los pueblos nómadas de Guanajuato Antiguo fueron los guamares y los guachichiles; como semisedentarios se cataloga a los pames y como sedentarios a los otomíes y a los purépecha.

Entre los pueblos nómadas de la *chichimecatlalpan*, el sustento había que conseguirlo diariamente y de acuerdo con lo que la naturaleza proveía. En ese hábitat inhóspito para muchos, las condiciones de vida debieron ser sumamente difíciles y azarosas, y, a pesar de ello, o más bien, gracias a ello, desarrollaron habilidades útiles para la sobrevivencia, e ilustrativas de su grado de cultura: la capacidad para recorrer las difíciles rutas, aun por los niños, lo que habla del desarrollo de su sentido espacial; la destreza no únicamente para usar el arco y la flecha, sino para su fabricación; el arte de atrapar patos y peces; la inteligencia para reconocer las distintas plantas de las que podían alimentarse; la preparación misma de los alimentos. ¿Qué lugar ocupaba Dios en su vida? Ninguno. Su dios era la naturaleza toda, la conocían tan bien que se reconocían parte de ella, no le atribuían características divinas, aunque a algunos elementos sí los reconocían como parte del ciclo de la vida.

Estos pueblos nómadas eran los Guamares y los Guachichiles, entre los que, por ejemplo, se presenta como constante su vida nómada, carac-

¹⁶ Nótese la semejanza entre los términos, que aluden directamente a condiciones geográficas (mesos = medio y árido = seco). Sólo que Mesoamérica ha llegado a constituirse más en un concepto cultural (la zona de las “altas culturas”) que en un término que señala un territorio. Aridamérica, efectivamente, nombra una región con poca agua, pero se ha extendido, en el otro sentido, a todo lo que queda al margen de ese territorio de las “altas culturas”.

terizada por la ausencia de la agricultura y por contar con un sistema de creencias escasamente estructurado y ritualizado; su constante ir y venir en completa libertad por el territorio no permite localizar fuentes específicas que comuniquen sus manifestaciones culturales. La primera postura al respecto es que ni cultura tenían, y claro que no la tenían desde el punto de vista hegemónico.

Los habitantes de la *chichimecatlalpan* fueron catalogados como “salvajes” en el siglo xvi (visión que prevalece en los libros de texto, que siguen reproduciendo esta imagen), más que por carecer de cultura, por defender el territorio que les pertenecía en ese, su espacio de libertad. Conforme fueron recibiendo a los misioneros, así fueron percibidos (y escritos) por los cronistas. No ser adoctrinados equivalió a ser salvajes: por negarse a dejar su cultura y por no someterse a la *buena policía* de la Iglesia ni de la Corona: defender su territorio aun con la vida, provocando guerrillas, les valió ser llamados violentos y bárbaros, mientras que los invasores quedaron como víctimas, y desde su postura de víctimas justificaron sus acciones, cambiaron la historia a su favor y la escribieron de esa manera. Se debe reconocer, es cierto, que se trataba de dos sistemas de vida totalmente distintos, uno se impuso a la fuerza al otro y lo sojuzgó; pero hay que aceptar también que esto no sucedió por una cuestión de superioridad o inferioridad cultural.

20

Las investigaciones arqueológicas permiten afirmar que, aunque de manera muy sencilla, todos los pueblos de Guanajuato Antiguo –incluidos los nómadas– tenían la idea de religión y que efectuaban ritos en honor a los dioses representados por la naturaleza: la fertilidad de la tierra y los ciclos día-noche. Sus dioses quedaron reducidos a la Luna, al Sol y otras estrellas; aunque no completamente ritualizadas, se efectuaban ceremonias de adoración a los dioses, en los que ya se manifestaba una estructuración social: los viejos, los hombres, las mujeres y los niños... cada grupo tenía diferente participación.

Por lo que respecta a conocimientos prácticos, las evidencias arqueológicas hablan de una enseñanza de los niños chichimeca acerca de la fabricación y el manejo del arco y la flecha, así como el trazar y seguir las rutas que garantizaban la supervivencia, los lugares de caza, pesca y recolección de acuerdo con las épocas del año. Hasta la actualidad han llegado sus conocimientos acerca de cómo hacer bebidas embriagantes del maguey, de las tunas y del mezquite, siendo, como reconoce Fray Guillermo de Santa María, el pueblo que más diversidad de vinos tenía. La vida en esos lugares con poca agua, se tornaba difícil. Ante esto, concibieron formas de reconocer las rutas de abastecimiento (petroglifos) y de conservar

los alimentos (panes de harina de la vaina del mezquite), en una industria en la que los hombres hacían su parte —la caza y la pesca— y las mujeres la suya —llevar la presa a su preparación y condimentación y el cuidado de los niños.

Estos —girones de la vida cotidiana —las fuentes no dan para más— permiten establecer no conclusiones en torno al proceso de transmitir conocimientos de generación en generación entre estos pueblos, pero sí los suficientes para advertir que las rutas de la investigación arqueológica, antropológica e histórica todavía tienen mucho por recorrer en cuanto a los pueblos nómadas de Guanajuato Antiguo.

Los Pames, como los chichimeca, no son un solo grupo, sino una familia, la otomiana, entre la que se ubica a los pames del norte y del sur, los ocuilteca, los mazahuas, los matlatzinca y los otomíes dispersos; para el caso de Guanajuato importan los que habitaban en el noreste de lo que actualmente es el estado, topando con la frontera de Querétaro, llegando por el sureste hasta Acámbaro y Yuriria. Tenían una vida semisedentaria, pero son considerados como chichimeca, con las mismas prácticas de vida que los guamares y los guachichiles, con salvedades como ciertos ritos que los acercaban a la cultura mesoamericana. Existe una controversia todavía entre quienes no hacen una separación entre pames y otomíes y prefieren referirse a éstos como otopames; lo único que confirma lo anterior es la fragilidad de las fronteras geográficas y étnico-culturales.

David Charles Wright Carr sostiene que las prácticas rituales de tipo mesoamericano hablan de cierta integración de los pames en las sociedades mesoamericanas del Bajío y que es posible que ésta fuera más allá del intercambio de bienes.¹⁷ Como pueblo “mesoamericano”, los pames practicaban la agricultura cultivando maíz, chile y calabaza, aunque seguían con una economía de caza y recolección.

La práctica de la agricultura ha permitido inferir a los investigadores que su sistema religioso estaba estructurado: se hacían ofrendas a la diosa de la fertilidad al inicio de los ciclos agrícolas y en las cosechas; ceremonia que sigue efectuándose en numerosos pueblos de Guanajuato, reminiscencia, tal vez sincrética, de aquellas antiguas creencias.

En este caso también, y de acuerdo con sus utensilios líticos, se puede aventurar la conjetura de que la transmisión de conocimientos se daba de

¹⁷ David Charles WRIGHT CARR, “El Bajío Oriental durante la época prehispánica” en *Arqueología y etnohistoria*, Eduardo Williams y Phil C. Weigand (editores), Colmich/Cimat, 1999, p. 92.

generación en generación, proceso en el cual intervenían de manera diferenciada los hombres y las mujeres, como también operaban en torno al abastecimiento y a la preparación de los alimentos.

Por fortuna, la historia nueva está preocupada por hacer una re-lectura de la historia vieja de estos pueblos, auxiliada por otras ramas del hacer científico: la arqueología, la antropología, la etnografía. Los documentos escritos bajo la visión eurocentrista están siendo analizados y reinterpretados; éstos siguen aportando nuevos datos que reivindican lo que no debió desaparecer: la idea de pueblos distintos, con culturas ni inferiores ni superiores, simplemente diferentes. De la misma manera, la *historia patria* está ofreciendo perspectivas alejadas de la historia patria, la dictada desde el centro, en este caso, siempre en referencia a la cultura nahua. La microhistoria ofrece una lectura complementaria de la vida cotidiana de los pueblos indígenas, interpretados desde sí mismos.

Por su parte, los otomíes practicaban la agricultura, y muchas de las manifestaciones culturales eran semejantes, por lo menos, a las de Mesoamérica, cuando no eran de los mismos otomíes de quienes las habían heredado los pueblos del altiplano central, tal es el caso de la diosa *Cihuacóatl*. Además de la agricultura, se dedicaban a la cestería y a la elaboración de hilados, tejidos (que comerciaban con los pueblos vecinos), fuera del tiempo que el hombre le destinaba al cultivo del maíz y la mujer a la preparación de los alimentos.

22

En el ciclo agrícola, las mujeres tenían una mínima participación, no así en el cuidado del hogar y de la familia. La técnica del hilado y del tejido permanece en las regiones otomíes (desafortunadamente no en Guanajuato de una manera sobresaliente), obviamente con la aportación de nuevos materiales y técnicas, pero en una demostración más de la trascendencia mediante la transmisión de conocimientos que se ha conservado a lo largo del tiempo.

El otomí es un pueblo que reúne en sí mismo patrones culturales de los pueblos aridoamericanos y mesoamericanos, basten como ejemplos su calendario y su religión estructurada y plenamente ritualizada. Su desarrollo cultural jamás ha sido puesto en duda, cercanos como son a la zona de las "altas culturas" del altiplano central.

Los purépecha, por su parte, situados en la franja del estado que corresponde al sur del Río Lerma, compartían todas las características mesoamericanas, pertenecientes a una población tan parecida a la de los nahuas. Con un sistema político-religioso-cultural completamente estructurado, les faltó únicamente tener los *calmecame* y *tepochcaltin* de los mexica, para que el estudio de su educación hubiera quedado testimoniado

por escrito; aun así, los grupos de especialistas en los oficios (ilustrados en la *Relación de Michoacán*) sentaron las bases para que Vasco de Quiroga los refuncionalizara, surgiendo de allí los pueblos de artesanos bien reconocidos en la actualidad en esa entidad. La tradición oral era el vehículo para la transmisión de los conocimientos. En la fiesta de *Equata Cónsquaro*, o de las Flechas, el *Petámuti* se encargaba de transmitir la historia del pueblo, ceremonia a la que asistía todo el pueblo, y donde los pequeños eran enseñados en sus costumbres y tradiciones. La generación adulta se encargaba de su función de enseñar lo mismo las artes domésticas que las de la guerra. En la misma *Relación de Michoacán* se aprecia a *Tariacuri* instruyendo a sus sobrinos e hijo sobre las estrategias bélicas.

El panteón purépecha está acompañado de rituales, así como su cosmovisión queda asentada en este documento. Actualmente esta etnia está entre las más reconocidas del centro occidente del país por la conservación de sus costumbres: su lengua, su calendario, los ciclos día-noche, vida-muerte y los agrícolas.

Las artesanías y las comidas típicas del atractivo turístico, dan cuenta de esta afirmación, notándose su supervivencia en la región de los Valles Abajeños del estado de Guanajuato, en donde nadie duda de las raíces antiguas de estas prácticas culturales, que han pervivido gracias a la transmisión que se ha dado a través del tiempo.

Como se ha visto hasta el momento, la historia ha dejado escritas diferentes versiones de los pueblos antiguos. En el caso de los guamares, guachichiles y pames, el patrón es representarlas como los *incultos*. Para los otomíes y los purépecha, las cosas sucedieron de distinta manera: en ellos se reconoció una cultura con rasgos coincidentes con las formas de vida europea y nahua, al menos en lo que a religión se refiere, mas recuérdese que la religión fue una de las banderas principales para la incursión de los invasores. La historia que se escribió de ellos fue más benigna, hasta cierto punto.

En los pueblos agricultores, con el sustento garantizado por las cosechas, hombres y mujeres podían dedicarse a otras actividades, entre ellas, la religiosa; en este contexto sí se dio una ritualización –y por tanto tenía que haber mitos–. La organización de la vida política reconocía jerarquías más allá de la proveniente de la edad, como sucedía con los pueblos de la *Chichimecatlalpan*; tenían formas más refinadas para gobernarse. Existían asimismo, las clases sociales: la de los sacerdotes y gobernantes y la del común del pueblo. Entre los purépecha, se sabe, existieron los artesanos especializados, además de un significativo intercambio comercial, lo que habla de una estructura económica plenamente identificada. Más pa-

recidos a ellos, los invasores los catalogaron como más cultos y “civilizados”. Fue precisamente en estos pueblos donde empezó a darse la colonización del territorio.

Un tema que fue recuperando una importancia que no se le dio en el inicio de la investigación es el relacionado con la evangelización: no se puede hablar de educación de indígenas sin recurrir a la avanzada evangelizadora. La evangelización impuso no únicamente nuevos contenidos educativos –lo relacionado con la policía cristiana–, sino los modos de hacerlo: recurriendo a los niños o adultos más avanzados, a diversas técnicas como los códices, los cantos y el teatro, y sobre todo a la enseñanza del castellano. Por lo que se refiere a los medios, se reconoce manifiestamente que la base de éstos fueron las raíces indígenas, es decir, los mecanismos para hacerlo se refuncionalizaron, no así los contenidos, que no tuvieron nada que ver con los anteriores, como no tenía nada que ver una religión –si la había– con la otra.

24

El año de 1526 fue coyuntural para la historia de Guanajuato. En esa fecha se empezó a dar la penetración europea, por Acámbaro, justamente la frontera con Michoacán. Los habitantes naturales de Guanajuato Antiguo fueron desplazados hacia otros lugares y otros nuevos llegaron acompañando las campañas militares y religiosas; eran los “indios de paz” que produjeron en la entidad grandes cambios en todos los órdenes de la vida.

Insertado eclesiásticamente en el obispado de Michoacán, en Guanajuato se empezó a gestar una nueva fisonomía social. Los originarios pueblos chichimeca, nada acostumbrados a rendir cuentas a nadie, defendieron sus territorios en contra del despojo, no únicamente de esos lugares, sino de los conceptos que tenían acerca de la vida misma. Fue, posiblemente en ese periodo, cuando se ganaron el mote de salvajes, crueles y sanguinarios. Fue tanta su resistencia, que algunas poblaciones en la entidad se refundaron como fuertes militares, con el objetivo de proteger las avanzadas militares.

Con la cultura advenediza, las formas de vida se fueron modificando, poco a poco y bajo diversas formas: a veces más pacíficas, a veces más violentas. El territorio que llegaría a llamarse Guanajuato fue adquiriendo otro cariz con la fundación o refundación de nuevos pueblos. La llegada de los “indios de paz”, muchos de ellos otomíes, pero también tlaxcaltecas y “mexicanos” fue el detonante de las poblaciones.

No tardaron en aparecer los pueblos identificados como entrada de la evangelización: San Francisco de Acámbaro, o San Miguel el Grande. Guanajuato debe su fundación a las vetas de plata encontradas en su territorio; mientras que San Felipe, Celaya y León se erigieron como fuertes mili-

tares durante la guerra chichimeca (1542-1591). Los indígenas que se encuentran en los diversos registros son otomíes, chichimecas (no se especifica si son guamares o guachichiles), pames, purépecha, tlaxcaltecas, mexicanos. Sin embargo, ninguna de estas nuevas fundaciones puede juzgarse como de guamares, guachichiles, pames, otomíes o purépecha, de manera pura, aunque sí son reconocidas como “pueblos de indios”, algunas de ellas.

Otros pueblos, en cambio, surgieron con el arribo de los “indios de paz”: mexicanos, tlaxcaltecas y otomíes, reducidos a la llamada “policía cristiana”. Generalmente, éstos fueron los centros que reunieron la tarea evangelizadora de las órdenes que arribaron a Guanajuato desde el siglo xvi.

La evangelización y la educación de los indígenas llegaron a ser un sólo proceso, difícilmente comprendido una sin la otra actividad. A la par que se llevaba una nueva doctrina religiosa, se llevaba también una nueva forma de pensar y de actuar: técnicas, herramientas, organización social, contenidos de enseñanza, conformaron un nuevo panorama para ser no únicamente observado, sino obedecido y asimilado.

No se sabe con certeza qué animaba a los evangelizadores. Probablemente en algunos de ellos persistía el don de servicio, probablemente en otros había diversos intereses económicos y hasta políticos, tan unidos como estaban los propósitos de la Iglesia y de la Corona. Lo cierto es que pronto emprendieron sus actividades en la Gran Chichimeca, región poco y mal conocida por sus informantes.

Como en el resto de la Nueva España, fueron los franciscanos los pioneros en hacerse presentes en Guanajuato. Primero Acámbaro y luego San Miguel, se convirtieron en el núcleo difusor de la doctrina católica y de la enseñanza de la lectura y la escritura, enseñanza acompañada por un sustrato religioso; porque lo que se leía y se escribía tenía que ver con conceptos de los ritos religiosos. También tuvieron presencia en otros municipios actuales, sin embargo, la labor que allí desarrollaron no tiene algo que ver con la educación; de hecho, se trata muchas veces de una presencia misional o esporádica. Los franciscanos han permanecido en la entidad, ahora con menos influencia, pero manteniendo diversas instituciones educativas, sobre todo de educación básica.

Después serían los agustinos, quienes, apoyados en la infraestructura y la experiencia de Tiripetío, llegaron a fundar el Colegio de San Pablo, en Yuriariapúndaro, lugar de evangelización y educación que llegó a superar a los de su época. Aunque se discute si su actividad educativa contemplaba a los indígenas, las ideas que apoyan esta última versión, permiten comprobar la importancia que ejerció el Colegio en la frontera de Guanajuato con Michoacán, y más al norte, dejando huellas de su presencia que ha trascen-

dido hasta la actualidad en una vasta región de los Valles Abajeños, en donde ya en el siglo xvii tuvieron que compartir los créditos con los carmelitas.

En la última década del siglo xvi hicieron su aparición los jesuitas, con el propósito expreso de contribuir a la pacificación de los aguerridos pueblos chichimeca de San Luis de la Paz, donde establecieron una residencia y desde donde difundieron su apostolado. Aunque buena parte del siglo xvii todavía se mantuvo como Misión y como Colegio incoado, las actividades jesuitas dejaron una marca indeleble en el campo de la educación; como dato, sobra decir que después de San Luis de la Paz, fundaron colegios en Celaya, León y Guanajuato, siendo este último la raíz de la actual Universidad pública. También, de las tres órdenes mencionadas, es la más sobresaliente en cuanto a instituciones educativas de carácter privado que siguen funcionando en la entidad.

Esas órdenes religiosas cumplieron con su misión: evangelizar, y aun la rebasaron, llegando a sentar las bases de la educación formal. Emplearon para ambas tareas (en una actividad indiferenciada) los mismos métodos, actores, tiempos, espacios. Educación y evangelización fueron parte de un mismo proceso.

26 La disputa entre estas órdenes no estuvo ausente en Guanajuato. Tenían que consolidar su presencia y delimitar no únicamente de manera física sus territorios, también necesitaban la fuerza de trabajo de los indígenas para hacer producir sus haciendas, además del control de los diezmos. La intervención del clero secular en posteriores avanzadas evangélicas enrareció aún más el panorama religioso; sin embargo, y a pesar de todos estos reproches, se debe reconocer que Guanajuato encuentra en sus raíces de la educación formal la tarea llevada a cabo por franciscanos, agustinos y jesuitas en aquellas décadas coyunturales del siglo parteaguas en la historia de México, el siglo xvi.

Las escasas fuentes para el caso de la evangelización en Guanajuato, permiten ver que se siguieron los mismos métodos de enseñanza que en el resto de la Nueva España, tratando en algunos casos de recobrar elementos propios de la antigua cultura. Sólo que, en esa etapa coyuntural, intervino de manera predominante la acción de la generación joven, convirtiéndose en la primera “educada” y la consiguiente “educadora” de las generaciones precedentes y, por tanto, negando una de las hipótesis de la investigación: que la generación adulta es quien se encarga de transmitir los conocimientos a la generación joven, así como sí se comprueba para la época antigua, en donde, invariablemente, el proceso se dio de esta última forma señalada.

Los conocimientos prácticos fueron complementados con aquellos referentes a la doctrina y a las primeras letras; enseñanza que debe haber sido proporcionada primeramente a aquellos indígenas principales, aunque todo hace suponer que en el mismo siglo xvi, se extendió a las masas.

Los *cues* empezaron a ser sustituidos por los templos católicos y aparecieron éstos para congregar en sus patios y anexos a la población indígena para ser introducida a una nueva cosmovisión y modo de hacer las actividades diarias.

Nadie lo puede afirmar con cabal seguridad, pero muchas voces afirman que la presencia de los frailes hizo menos dramática la colonización impuesta, porque defendían a los indígenas de los maltratos y abusos de los encomenderos; obrando quizá movidos por sus propios fines.

Es precisamente con base en la evangelización y educación como se gestó el cambio de mentalidad (sin contar con el mestizaje), a grado tal que se aprecia en la actualidad un completo sincretismo cultural.

A manera de cierre, nuevas rutas de investigación

Como se ha dicho, en la época antigua, los conocimientos que eran transmitidos de generación en generación, tenían una explícita relación con las prácticas de la vida cotidiana: había que enseñar lo concerniente a la caza y la pesca o la agricultura, la alfarería, el comercio, el gobierno y la medicina. Pero también se transmitía un importante bagaje de conocimientos relativos a la cultura: cantos y danzas; rituales y mitos, creencias religiosas. Durante la época virreinal, no desaparecieron estos contenidos, pero fueron complementados con los de doctrina cristiana, lectura y escritura, además de la enseñanza del castellano. Se introdujeron nuevas prácticas religiosas y, por tanto, era necesario preparar a los servidores de los templos católicos; en el caso de los pueblos con religión ancestral, los conocimientos antiguos son trastocados y las formas refuncionalizadas.

A la par que se iba gestando este cambio, también la mentalidad debió de hacerlo: cambió la cosmovisión acerca de lo religioso, lo social, lo político, lo gubernamental y lo económico. Cambiaban los dioses y las autoridades, los valores y los alimentos, las formas de vida. Este cambio resultaría paulatino, pero difícilmente imperceptible e indudablemente traumatizante.

Aunque no se logró durante todo el siglo xvi, ni aún todavía en el siglo xxi, el cambio de las lenguas autóctonas por el castellano operó en la transformación cultural más significativa, por todo lo que representa un lenguaje,

como expresión de la cultura, y lo que es peor, por el olvido de las raíces de la lengua propia, difícilmente traducible al español con la exactitud ya olvidada, dando como resultado aproximaciones muy pocas veces afortunadas.

Es precisamente la conservación de las lenguas indígenas el ejemplo más palpable de la transmisión, perpetuación y recreación de uno de los conocimientos que pueden ser reconocidos hoy día como propiamente indígenas. Muchas otras manifestaciones culturales son producto de un intercambio cultural (sincretismo, dicen los enterados); y si bien es cierto que las lenguas indígenas han incorporado a su bagaje palabras del español, lo han hecho sin olvidar las que le son originarias. En Guanajuato, por desgracia, el chichimeca jonaz está a punto de desaparecer, con sus pocos hablantes en su mayoría avergonzados de hacerlo, bajo el riesgo de ser marginados por la exigencia globalizante del mundo mestizo.

Las danzas autóctonas que se practicaban antiguo, por su parte, han incorporado elementos sobre todo religiosos: imágenes y cantos (y por tanto, conceptos) del catolicismo, prevaleciendo en la actualidad un sincretismo cultural. Igual está sucediendo con los diversos ritos relacionados con el ciclo agrícola y con la medicina tradicional. Los objetos cerámicos que se siguen produciendo en la región (San Felipe, Acámbaro, Tarandacuao, por citar algunos ejemplos) han mantenido su esencia antigua, pero han incorporado nuevas técnicas en la producción, de manera tal que no se puede hablar de una mera transmisión de los conocimientos ancestrales, sino de una recreación de los mismos, según las circunstancias.

Este panorama, precisamente por serlo, marca la necesidad de proseguir con investigaciones específicas sobre el tema de la educación en Guanajuato en los siglos XVI y XVII. Es necesario analizar regiones y temas más delimitados, lo que permitirá construir el sentido de las tareas de evangelizar y educar, amén de contribuir a la discusión del mestizaje cultural, en el sentido más amplio, del actual estado de Guanajuato.

Bibliografía

- ALCALÁ, Fray Jerónimo de, *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los yndios de la Provincia de Mechuacan hecha al Ylustrísimo Señor Don Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad*, Madrid, Edición facsimilar, Patrimonio Nacional/H. Ayuntamiento de Morelia/Testimonio Compañía Editorial, S. A., 2001, 144 ff.

- GALVÁN LAFARGA, Luz Elena (coord.), *Diccionario de historia de la educación en México*, México, Conacyt/CIESAS, 2002.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, *Historia de la educación en la época colonial. El mundo indígena*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 1ª reimpresión, 2000, p. 274.
- GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ, Luis, *Pueblo en vilo*, México, FCE, 4ª ed. de la 1ª reimpresión, 2001, p. 290.
- HISTORIA CHICHIMECA*, Manuscrito copiado por F. Galicia Chimalpocopa y traducido al castellano, México, Editor Vargas Rea, 1950, p. 55 (colección Amatlacuilotl, 8).
- JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "La colonización y evangelización de Guanajuato en el siglo XVI", en *Arqueología e historia guanajuatense*, México, El Colegio del Bajío, 1988, pp. 29-42.
- KOBAYASHI H., José María F. Kazuhiro, *La educación como conquista; empresa franciscana en México*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1997, p. 295.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, *Huehuetlahtolli, testimonios de la antigua palabra*, México, SEP/FCE, 1991 p. 242.
- _____, *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, México, UNAM/IIA, 8ª ed., 1997, I-XI; p. 456.
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, *Educación mexicana. Antología de documentos sahuaguntinos*, selección, paleografía, traducción, introducción, notas y glosario de Alfredo López Austin, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1ª reimpresión de la 1ª ed., 1994, p. 273.
- RIONDA ARREGUÍN, Isauro, *La Compañía de Jesús en la provincia guanajuatense. 1590-1767*, México, Universidad de Guanajuato, 1996, p. 547.
- SANTA MARÍA, O.S.A. Fray Guillermo de, *Guerra de los chichimecas (México 1575-Zirosto 1580)* edición crítica, estudio introductorio paleografía y notas de Alberto Carrillo Cázares, México, El Colegio de Michoacán/Universidad de Guanajuato, 1999, p. 229.
- TANCK DE ESTRADA Dorothy, "La educación básica en el Guanajuato colonial y el primer libro recreativo para niños" en *V Encuentro de investigación educativa Historia de la educación*, México, Universidad de Guanajuato/Instituto de Investigaciones en Educación, 2004, material inédito.
- _____, *Pueblos de indios y educación en el México colonial, 1750-1821*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, Primera reimpresión de la 1ª edición, 2000, p. 669.

WRIGHT CARR, David Charles, "El Bajío oriental durante la época pre-hispánica" en *Arqueología y etnohistoria*, Eduardo Williams y Phil C. Weigand (editores), México, El Colegio de Michoacán/Centro de Investigaciones en Matemáticas, 1999, pp. 75-108.